

15 céntimos el número

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona



SEMANARIO ILUSTRADO

Año II.

Barcelona 2 Diciembre de 1893

Núm. 79



UN KABILA

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B. — La resignación perfecta, por el P. LUIS COLOMA. — SONETO: El realismo, por C. SUÁREZ BRAVO. — MARRUECOS: Tánger, por EDMUNDO DE AMICIS (continuación), traducido del italiano por C. V. DE V. — Mujer (continuación), por EMILIA PARDO BAZÁN. — Nueva Orleans, por JULIÁN RALPH (continuación), traducido por J. COROLEU. — Nuestros grabados. — Mesa revuelta. — Recreos instructivos, por JULIAN.

Grabados. — Un kabila — MARRUECOS: Tendero árabe. — Cambista judío. — Mujer árabe. — Una barbería en Túnez. — NUEVA ORLEÁNS: Leyendo un anuncio mortuario. — La antigua iglesia de San Roque. — El camino de las Conchas. — Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés. — Un alcalde de aldea en el día de la función, dibujo de N. MORAL.



Crónica

YA decíamos en la anterior *Crónica*, que los asuntos de Melilla tomaban, al parecer, mejor cariz. La nota del Sultán de Marruecos por un lado y la muerte del jefe de la caballería rifeña por otro, daban pie á esperar que no tuviese consecuencias tan graves y tan largas, como se había temido, nuestra contienda con las kabilas. Con todo, el Gobierno, con muy buen acuerdo, no quería dejarse mecer por esperanzas que pudiesen resultar engañosas, y por ello continuaba los aprestos de guerra, enviando tropas á Melilla y procurando municiones y vituallas para la plaza y para el ejército que allí se ha formado. A este fin obedeció el embarque de la brigada que manda el general don Higinio Rivera, con un contingente de unos tres mil hombres, la cual salió del puerto de Barcelona en vapores mercantes, que se prepararon para el caso en muy pocas horas. Al obrar así el Gobierno responde á los deseos de la opinión pública, que aspira al castigo de las kabilas, aun cuando no quiera ver á la nación empeñarse en una nueva guerra con Marruecos. Si los rifeños no son escarmentados, á cada instante renovarían sus salvajes ataques, manteniendo en constante intranquilidad á la guarnición de Melilla y á la de las demás plazas españolas en África. El ministerio, según parece, no veía con buenos ojos que el ministro de la Guerra, general López Domínguez, fuese á Melilla, pero este general persistía en su intento, hasta sabiendo que tampoco tenía en su favor la opinión pública.

En la nota de S. M. Sheriffiana dirigida por Sidi Mahomed Torres al ministro de España en Tánger, se dice que el Sultán, cumpliendo la promesa que había hecho en una nota anterior, envía á su hermano Muley Araaf á los límites del Riff, acompañándole fuerzas de caballería. Muley Araaf se dirige al pueblo llamado Bindehimad, á la orilla izquierda de las fuentes del Muluya, punto que juzga conveniente para tener fácil acceso con la costa y con Melilla. Desde allí entrará en negociaciones con las kabilas, á las que prevendrá que cesen en sus hostilidades y que dejen á los españoles que edifiquen tranquilamente el fuerte de Sidi-Aguariach, porque tienen derecho á hacerlo en razón de encontrarse dentro del territorio que les pertenece. El Sultán amenaza á las kabilas con castigarlas si desobedecen, anuncia el envío de

bajás al Riff con órdenes terminantes, y concluye la nota haciendo vivas protestas de su amistad hacia España. Con la nota anterior se acompañaba copia de la orden pasada á los bajás, que puede contribuir en gran manera á la terminación del conflicto, si fuera debidamente atendida. En esto estriba el punto, ya que con frecuencia las kabilas desobedecen las órdenes del Sultán. A los bajás les dice también que España tiene derecho á construir el fuerte, porque se halla situado en territorio que el Sultán compró á los rifeños y cedió luego á España sin condiciones. Asimismo en esta nota increpa á los rifeños por haber roto las hostilidades sin su autorización y les amenaza con las maldiciones del Profeta si desobedecen. El tiempo nos dirá la sinceridad que haya en el fondo de esta nota, ya que árabes y berberiscos son gentes falaces, que dicen muchas veces una cosa y á espaldas ejecutan otra.

Ventajosa ha de ser para nuestra causa la muerte de Sidi-Ben-Abdalah, jefe de la caballería rifeña. Era un moro valiente y dotado de mucho prestigio entre los suyos, de modo tal que en la muerte del general Margallo consiguió atraer á tribus que hasta entonces se habían mostrado reacias á entrar en campaña, reuniendo un contingente de muchos miles de hombres. Sabedor el general Macías de que los moros se proponían atacarnos por diversos puntos, ordenó un vivo cañoneo que les tuvo á raya. Entonces los moros atacaron los convoyes que se enviaban á los fuertes, originándose repetidos encuentros. Terrible fué el que tuvo lugar el 6 de este mes con motivo de la conducción de un convoy al fuerte de Cabrerizas Altas. Sidi-Ben-Abdalah, al frente de unos 3,000 jinetes se preparaba para arrojar sobre nuestras tropas, cuando una granada, dirigida con sumo acierto, cayó en medio del grupo en que se encontraba el citado jefe y reventó destrozando á Ben-Abdalah y á otros moros. Éstos se desalentaron ante la muerte de su valeroso jefe.

Cosas desagradables han ocurrido en Melilla, no todas producidas por la guerra. Se ha descubierto en la plaza un contrabando de armas y municiones, habiendo sido presas varias personas por causa de este hallazgo. Es doloroso tener que reconocer que los mismos españoles hayamos procurado á los rifeños los fusiles con que ahora matan á nuestros bravos soldados. El afán del negocio no se contiene en límite alguno, aun cuando pueda prever que ha de ser origen, tarde ó temprano, de graves daños para la patria. Tampoco el ansia de dar noticias en los periódicos se contenía en los límites de la prudencia y del patriotismo. Algunos corresponsales que se hallaban en la plaza de Melilla no se portaron en este particular como debían hacerlo, á juicio del general Macías, por lo cual éste les expulsó de aquel punto. Parece que á esta medida han estado sujetos corresponsales de periódicos españoles y extranjeros. Hasta qué extremo se lleva el noticierismo lo dice el hecho de haber publicado dos distintos diarios de Madrid reseñas, con todos los pelos y señales, de una acción dada en el África, cuando después se supo, sin que de esto pudiese haber la menor duda, que no había habido tal acción y que todo cuanto habían impreso acerca de ella los dos aludidos diarios era producto exclusivamente de la fantasía de sus redactores. A estos abusos se verá obligado el Gobierno á poner enérgico correctivo si la guerra de Melilla continúa.

Marsella ha sido también teatro de las hazañas de los anarquistas. Allí, por fortuna, no produjo la explosión

ninguna víctima. Tratóse de hacer volar la habitación del general jefe del 15.º cuerpo del ejército francés. El general Vaulgrenant, que es quien lo manda, se hallaba en París. El criminal ó criminales pusieron una caja de hojalata cargada de dinamita en una garita empotrada en el edificio. Con la explosión se rompió el muro de la fachada, se rompieron todos los cristales y espejos de la casa y de otras próximas, oyéndose el estampido á larga distancia y causando viva impresión en los habitantes de Marsella. Parece providencial que no resultase ninguna víctima, ya que cerca del sitio en que ocurrió la explosión se encontraban un colegio de niñas y las oficinas de consumos, en las cuales había numerosas personas que salieron ilesas. En los pasillos de la casa se encontró una segunda bomba.

A un anarquista también, á un hombre que confesó que quería matar por matar, se debió igualmente el atentado cometido en París por un tal Lanthier, contra el ex ministro plenipotenciario de Servia, M. Georgewitch. Aquel individuo dijo sin ambages que había buscado para cometer su inicua hazaña á un señor bien vestido, lo cual ocurría con M. Georgewitch, que además llevaba en el ojal la roseta de la Legión de Honor. Esta confesión horroriza por la maldad que supone en quien la hace y en los que comparten sus destructoras ideas. Hablando de este suceso un periódico suizo hace las siguientes fundadas observaciones: «La locura homicida se va poniendo terriblemente de moda de algún tiempo á esta parte, gracias á las predicaciones de los anarquistas, y sobre todo gracias á sus contagiosas hazañas, que impulsan á la imitación á los cerebros desconcertados. En Barcelona, á pesar de las muchas detenciones llevadas á cabo por la policía, no ha podido encontrarse todavía ningún indicio seguro. Por lo demás, nada serio podrá hacerse contra la secta homicida mientras la opinión pública ó la ley olvide la diferencia que va de un anarquista á un mero forajido y se autorice la predicción pública del asesinato.» Le sobra la razón al autor de estas líneas. Y sin embargo, el Ministerio inglés con el octogenario Mr. Gladstone al frente y la mayoría de la Cámara de los Comunes, no creen que, de una vez, haya de ponerse término á semejante propaganda.

B.

La resignación perfecta

I

Lo que vamos á referir no es invención nuestra: es una de esas verdaderas *fábulas ascéticas* que brotan del corazón de ese eminente poeta que se llama pueblo, cuando el sentimiento religioso le inspira; exacto regulador que marca al hombre de observación los grados de arraigo y de pureza de las creencias religiosas de quien así sabe sentir las y expresarlas. En todas las naciones cultas de Europa se estudian y se coleccionan hoy las tradiciones y cantos populares, como medio de conocer la índole de cada pueblo: este mismo estudio, apenas cultivado en España, ha probado, sin embargo, que era el nuestro un gran poeta religioso, á quien inspiraba su robusta fe bellísimas al par que profundas creaciones que adornan sus creencias sin deslustrar en nada su pureza dogmática.

He aquí cómo nos fué referida esta fábula por uno de

esos poetas campesinos que no se llaman Títiros ni Melibeos, ni apacientan rebaños de blanquísimos corderos. Llamábase el tío Pellejo, y era de oficio *mochilero*, es decir, contrabandista al pormenor, en toda aquella parte que se extiende desde Gibraltar hasta la serranía de Ronda.

II

Hace muchos años que atravesamos esa parte de la pintoresca Andalucía baja, que no es la Andalucía que recorre el viajero, arrastrado vertiginosamente por una locomotora, sin divisar otra cosa que peñascos primero, olivares después, viñedos más tarde, salinas al fin, y el mar por último, que va á besar mansamente la roca en que, cual una blanca gaviota, se posa Cádiz. Esta parte de Andalucía, que arranca de la sierra de Ronda, y se extiende hasta las peñas de Gibraltar, es la Andalucía de las quebradas sierras cubiertas de verdes lentiscos; de las ricas tierras de labor; de los sombríos bosques de encinas festoneadas de hiedra; de las dehesas sin término en que se crían las toradas salvajes; de los castillos morunos que se arruinan, cual obras percederas del hombre, sobre peñascos inaccesibles que, como inmutables obras de Dios, á todo resisten. Accidentado conjunto en que alternan las bellezas de la naturaleza cultivada con la bravía majestad de las rocas, los bosques y los torrentes, y de cuya hermosura sólo puede formar idea el que la haya contemplado, como nosotros, repetidas veces al paso de un caballo, que sólo nuestra voluntad apresuraba ó detenía.

En una de estas excursiones, á que nuestras aficiones de joven nos llevaban, nos sirvió de guía el tío Pellejo. Caminábamos una noche de Noviembre con dirección á Algar, pueblo de la sierra, abrigándome yo cuanto podía entre los pliegues de una manta murciana dispuesta á la usanza de los campesinos andaluces, y sin otro abrigo el tío Pellejo que su marsellés remendado y el peso de sus setenta años.

—¿Qué hora es, tío Pellejo? pregunté yo de repente en la imposibilidad de consultar el reloj que llevaba.

El tío Pellejo miró detenidamente á las estrellas y contestó sin vacilar:

—La una y cuarto.

—Me parece que el reloj de usted se ha parado, dije yo chanceándome.

—Pues no se duerme el Señor que le da cuerda, replicó gravemente el tío Pellejo.

—¿Pero no ve usted que á las doce salimos de la venta del Mimbral y que, por lo menos, llevamos ya tres horas de camino?

—Cuarenta y ocho horas tiene el día en que no se come, replicó el tío Pellejo. A las doce salimos, y ahora es la una y cuarto, sin que haya más dares ni tomares... ¿Ve usted allí las tres hermanas? prosiguió señalando las tres estrellas del cinto de Orión. Pues cuando se ponen en este tiempo encima de la peña de Tempul apunta el reloj la una, ni minuto más ni minuto menos. Media hora después cae la mitad de las lágrimas de la Virgen hacia la sierra de San Cristóbal... Véalas su merced cómo ya van cayendo.

Y al decir esto me mostraba con el dedo la Vía láctea, que empezaba, efectivamente, á ocultarse tras de la sierra indicada.

—¿Y por qué llama usted á esas estrellas lágrimas de la Virgen? pregunté yo deseando saber el significado de esto.

—Pues por lo que al pan se le llama pan, y al vino vino, contestó sencillamente el tío Pellejo. Ese montón de estrellas está hecho de las lágrimas que derramó María

Santísima cuando andaba por el mundo; los ángeles las recogían, y Dios las iba colocando en el cielo... ¡Por eso son tantas y son tan hermosas!

Al oír explicar al tío Pellejo con más aplomo que Laplace la formación de la famosa nebulosa, vínosenos á la memoria la fábula de la Mitología griega que inmortalizó el pincel de Rubens y ensalzan críticos y poetas. ¡Cuánto más hermosa y poética nos pareció la versión del tío Pellejo, que, si bien no ha encontrado ningún Rubens que la pinte ni ningún crítico que la ensalce, habrá conmovido sin duda más de un corazón que se complace en ver en María la Madre de los pecadores y el consuelo de los afligidos!

Porque así nos sucedió á nosotros, preguntamos al viejo mochilero:

—¿Quién le ha contado á usted eso, tío Pellejo?

—¡Pues si eso lo saben hasta los no nacidos!... Es como el llorar, que todos lo saben y nadie lo aprende... A mí no me lo ha contado *naide*; pero, mire usted, señorito, una vez me lo recordó mi mujer, que esté en gloria, casi en este mismo sitio, un poco más hacia la izquierda, allá camino de Algeciras... ¡Jesucristo!... ¡Doce años han pasado ya, y todavía tengo aquella voz en los oídos!... Yo tenía tres hijos: á los tres les tocó la suerte, y los tres fueron á la guerra del moro... Chana (1) no tenía ya lágrimas qué llorar, y ni le iba quedando cara en qué *presinarse*... Yo disimulaba, pero tenía un *illo illo* en el cuerpo, que no me dejaba sosegar, y me quedé con más sombra que una *jiguera negra*... ¡Miste yo, que, cuando entraba en casa, hasta el candil se alegraba!

Una tarde ví llegar al aperador del cortijo de la Horca: me vió desde lejos con Chana, y por eso me dió un silbido... ¡Más triste me sonó que las trompetas de Semana Santa!... Fui allá volando, y el corazón no me había engañado: su hijo había vuelto licenciado de África, y por él se supo que, de los tres míos, había muerto el mayor en la toma de Sierra-Bullones; al segundo lo mató á traición un moro en una trinchera, y el tercero, Sebastián, un mozo tan gallardo que en la sombra se miraba, estaba en el hospital de Algeciras con el cólera morbo... Volví en busca de Chana y dí la noticia... La mujer se encogió como si se viera venir encima el torreón de Tempul; los ojos se le desencajaron y se le puso más blanca que un papel.

—¡Vamos á Algeciras, Cristóbal! me dijo.

Aparejé la burra, y tomamos el camino de San Roque, para coger luego el atajo de Algeciras. La noche se nos vino encima poco más allá de Martelilla: Chana caminaba en la burra, *arrebujáa* en un pañolón, rezando credos y salves. Yo iba detrás, echando sapos y culebras y renegando de cuanto bicho viviente se menea... Yo no era malo; creía en Dios y en la Virgen Santísima, y en cuanto hay que creer en el mundo; pero aquella pena me había derramado toda la *jié* (hiel) por el cuerpo, y hasta la saliva de la boca me sabía amarga... De repente tropezó la burra y tiró las alforjas... ¡Me cegué!... me cegué como el toro cuando le pica la cuca, y sucedió lo que sucede cuando el río se sale de madre; que va creciendo, creciendo, y una lloviznilla es la que al fin le hace rebosar... Me cegué y eché una blasfemia.

Chana saltó de la burra como si hubiese oído la trompeta del Juicio; se me puso delante, más tiesa que un muerto en la sepultura, y me dijo:

—¡Calla esa lengua, Cristóbal!... ¡Calla esa lengua, que bien merece que Dios mate á tu último hijo!

(1) Diminutivo de Sebastiana, popular en Andalucía.

—¿Y por qué hace Dios con nosotros esas tropelías? grité yo más furioso.

—¡Porque somos pecadores! contestó con una voz que parecía un juez sentenciando á muerte. ¡Mira, añadió levantando la mano á esos puñados de estrellas; mira las lágrimas que costamos á María Santísima!... ¡Cuéntalas, si puedes!... ¡Ella las derramó, y nosotros pecamos!...

Yo no sé lo que me pasó entonces; pero el corazón se me salía por la boca, y me fuí quedando atrás, atrás, por verme solo. Miraba yo esas benditas estrellas del cielo, y se me salían por los ojos lágrimas como garbanzos.

—¡Virgen Santísima, que por mí lloraste, decía yo á voces, si no supe lo que dije!... ¡Madre de pecadores, ampara á esta oveja perdida!... ¡Madre de Misericordia, cúbreme con tu manto!... ¡Madre que perdiste un hijo, ten piedad de quien pierde tres de un golpe!...

Llegamos á Algeciras por la mañana, y nos fuimos derechos al Hospital; preguntamos á un cabo por Sebastián Pérez, y nos hizo entrar en la oficina del Registro. Había allí un sargento, que buscó el nombre en un libro.

—Sebastián Pérez, dijo, entró el 25 de Mayo... Salió el 1.º de Junio...

—¿Y para dónde ha salido? preguntó Chana.

—Para el camposanto, con los pies por delante, respondió el sargento.

Sentí que Chana me clavaba las uñas en el brazo, y que temblaba como si tuviese frío de cuartanas.

—Vamos al camposanto, dijo.

Y fuimos al camposanto; pero lo habían ya cerrado, y el conserje no nos quiso abrir. Chana se sentó en el umbral, y por una rendijilla de la puerta miraba allá dentro, dentro, por ver desde lejos la tierra que se comía á su hijo.

Teníamos diez reales, y Chana mandó decir una misa á la Virgen de los Dolores. Yo me escurrí á la sacristía en busca de un padre cura, y me confesé mientras tanto, llorando hilo á hilo. A la vuelta caminamos siete horas sin hablar.

Al oscurecer, me faltó ya hasta el aliento, y me dejé caer junto á un pozo de abreviar ganado. Chana se apeó de la burra y se sentó á mi vera.

—¿Qué haremos ahora, Chana? pregunté yo hablando el primero.

Chana levantó la cabeza.

—¿Qué haremos? Lo que dice el Padre nuestro, Cristóbal... *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo*...

Yo me eché á llorar como una criatura, porque, aunque era hombre que con una mano paraba una yunta de bueyes, no tenía en el corazón el aguante de aquella santa mujer, que no era mujer de carne y hueso, sino ángel del cielo.

—Cristóbal, me dijo con una voz que parecía cosa del otro mundo: había un hombre, pobre como nosotros, que se llamaba Juan. Tenía mujer é hija, y labraba un hacedillo de tierra para mantenerlas. La langosta devastaba entonces la campiña, y el infeliz Juan vió con terror que aquella plaga amenazaba su sembrado. Fuese derecho al Cristo del Mimbral, y, postrado ante la imagen, pidió auxilio al Señor, que hace madurar los trigos del campo.

—¡Señor! decía, alzando sus cruzadas manos. ¡Conserva mi cosecha, y la miseria huirá de mi hogar! ¡Preserva mis mieses, y el pan no faltará en la casa de tu siervo.

El Señor no escuchó, sin embargo, las súplicas de Juan, y, tras de la cosecha perdida, llamó á su puerta la miseria.

—¡Cómo ha de ser! dijo entonces á su esposa. El Señor nos ha conservado salud y brazos... Él bendecirá nuestro trabajo.

Pero de allí á poco cayó su mujer enferma, y vióse en breve á las puertas de la muerte. Juan corrió de nuevo á pedir al Señor, que da y quita la vida, salud para su esposa.

—¡Señor, decía, postrado ante la imagen, salva su vida!... ¡No dejes á mi hija sin madre!... ¡Devuélvele la salud, rayo del sol que ilumina los escasos goces del pobre!

Pero tampoco esta vez escuchó el Señor sus plegarias, y la mujer de Juan murió á los tres días dejando solo á su marido y huérfana á su hija.

—¡Cómo ha de ser! se dijo Juan entonces. El Señor me ha quitado á mi mujer; pero me ha dejado á mi hija.

De allí á poco se declaró en la niña la misma enfermedad de la madre, y Juan corrió más angustiado que nunca, ante el devoto Cristo.

—¡Señor, decía, apoyando su frente en la reja, salva á mi hija!... Anciano soy y desvalido... ¿Qué haré yo solo, como árbol sin ramas y sin fruto?...

Juan volvió á su casa esperanzado; se acercó á la cama de su hija y la vió inmóvil; palpó su frente y la encontró yerta; tocó su corazón y ya no latía...

Pidió entonces de limosna una mortaja blanca; hizo un ataúd con las tablas de su propio lecho, y le dió el mismo sepultura á los pies de su madre.

—¡Perdí mi cosecha!... ¡Perdí mi mujer!... ¡Perdí mi hija!...—pensaba Juan volviendo á su hogar solitario. El Señor no quiere que le pida nada... ¡Nada le pediré!...

Y diariamente seguía yendo á la capilla, se arrodillaba humilde ante el Cristo, cruzaba paciente las manos, bajaba sumiso la cabeza, y ya no pidió jamás, ya no suplicó nunca. Sólo decía aquel modelo de cristianos:

—¡Señor, aquí está Juan!...

Murió Juan al cabo, y su buena alma llegó á las puertas del Cielo: allí se arrodilló para rezar por vez postrera su oración cotidiana.

—¡Señor, aquí está Juan! dijo.

Y las puertas del Cielo se abrieron de par en par...

El tío Pellejo, al acabar su relación, guardó silencio. La oscuridad nos impedía ver si lloraba.

—¿Y qué ha sido de Chana? le pregunté al fin, por apartarle de aquellos tristes recuerdos.

—A Chana le pasó lo que al caballo viejo, que no resiste tres días de verde, me contestó. Desde entonces hincó la cabeza en tierra, y no la volvió á levantar nunca. Corazón le sobraba, pero el cuerpo se le iba solo á la sepultura, y tres meses después estaba en la eternidad con sus tres hijos.

¡Yo me quedé solo, señorito, solo!... Solo y sin más ható que el de la botella, el tapón y la guita... Dejé el contrabando, porque dicen que de contrabandista á ladrón no hay más que un paso, y no deja de ser verdad. Trabajo cuando hay en qué, y cuando no hay, nunca me niegan un pedazo de pan por estos cortijos. Acompaño á los señores cuando vienen á tirar jabalíes, y siempre que paso por el Cristo del Mimbral me asomo á la capilla y le digo:

—¡Señor, aquí está el tío Pellejo!... Setenta años tengo ya... ¡Señor, no se os olvide!...

III

Este era el antiguo pobre de España. La historia de Juan es, como antes dijimos, una bellísima *fábula ascética* que prueba el grado tan perfecto en que concebía su autor, que es ese mismo pobre de España, la difícil virtud de la resignación. El ejemplo de Chana y el tío Pellejo, que es un hecho verdadero, prueba por su parte con cuánta fidelidad practicaba lo que con tan subida perfección sentía.

Hoy ha desaparecido todo esto: el mismo tío Pellejo era, en el tiempo que le conocimos, un resto casi fósil de aquel antiguo pueblo español, que ha dejado de existir, para dar lugar al pueblo del socialismo y de la *mano negra*...

¿Qué ha pasado por España, Dios mío?...

¿Qué viento asolador ha arrancado á este pobre pueblo su robusta fe y sus sencillas creencias, como arranca el huracán la poderosa vid que vivifica y las suaves enredaderas que embellecen?... Es cierto que ha pasado una revolución impía. Es cierto que han pasado los seides del socialismo arrancando del corazón del pobre, para sembrar el germen de la terrible rebelión, aquella alegre conformidad que dice sonriendo: *hágase tu voluntad*; aquella bendita falta de ambición que sólo pide el *pan nuestro de cada día*; aquel honrado amor al trabajo, que es el constante centinela de la virtud; aquella santa fe religiosa que todo lo abarca, que todo lo compendia, que todo lo consagra... que todo lo asegura!...

Pero también es cierto que, á veces, se combinan varias causas para producir un mismo efecto, y á ninguna de estas causas puede dejar de combatir el que trata, no sólo de lamentar el mal, sino también de remediarlo. Por eso es necesario analizar si esa revolución impía y esas doctrinas disolventes encontraron al pobre *resignado* amparado en brazos de su hermano el rico *caritativo*. Porque la *resignación* del uno ha de apoyarse en la *caridad* del otro, por ser ambas virtudes sagrados deberes impuestos por Dios para mantener y dulcificar el orden admirable de su Providencia.

Y nótese bien estas palabras de un famoso autor contemporáneo:

«Al perder el pobre la paciencia que le infundía la caridad, ha perdido la esperanza; y al perder la esperanza es cuando ha sentido, en toda su brutal plenitud, el derecho de la fuerza.»

Por eso preguntamos nosotros: ¿qué faltó primero en España?... ¿La caridad del poderoso ó la resignación del desvalido?

Lector: si eres rico, haz esta pregunta á tu conciencia, y medita luego la respuesta y el remedio al pie de aquella imagen de Cristo que oía repetir en otros tiempos al humilde pobre de España:

—¡Señor, aquí está Juan!

P. LUIS COLOMA.

Soneto

EL REALISMO

DEJA tus alas reposar, Liseno,
si del aplauso público te curas;
ya no crece el laurel en las alturas,
sino en los charcos, entre sangre y cieno.

Ya no se vuela en el azul sereno,
ya no se bebe en las corrientes puras;
de pasto vil, el vulgo quiere harturas,
y no hay siquiera que dorarle el heno.

Vístete al adulterio nuevas galas;
ennoblece con pluma lisonjera
la orgía torpe, el robo, el homicidio.

Para esto ¡vive Dios! sobran las alas,
pues el arte ha plantado su bandera,
entre el burdel, la fonda y el presidio.

C. SUÁREZ BRAVO.

Marruecos

POR

EDMUNDO DE AMICIS

(CONTINUACIÓN)

TÁNGER

ESTA noche he vuelto á oír el son de la guitarra y la voz que llegó á mis oídos el día de mi llegada á Tánger, pudiendo añadir que por vez primera he sentido la música árabe. En aquella interminable repetición del mismo motivo, casi siempre melancólico, existe no se qué de indefinible que va derechamente al corazón. Es algo semejante á un lamento, á una queja dulce y plañidera que acaba por sojuzgar el ánimo como el murmullo de la fuente, como el canto del grillo, como el acompasado golpear del martillo sobre el yunque, cuando llega al oído del viandante que pasa de noche por las cercanías de una aldea. Siéntome obligado á recogerme y á meditar cual si quisiera hacerme cargo del significado de aquella eterna y arrobadora palabra que suena constantemente en mis oídos. Es una música bárbara, sí; pero ingenua, sencilla, llena de dulcedumbre, que me transporta con el sentimiento á las edades primitivas; que hace revivir en mi memoria las infantiles impresiones que en mí produjo la primera lectura de la Biblia; que despierta en la mente el recuerdo de ensueños mil completamente olvidados; que me hace fantasear curiosidades y espectáculos de pueblos y países fabulosos; me traslada á tierras lejanas pobladas de bosques de árboles desconocidos, en medio de los cuales distingo sacerdotes colocados en derredor del ídolo de oro, ó á llanuras inmensas, interminables; á soledades solemnes, junto á caravanas en reposo que inquietan con la mirada el inmenso abrasado horizonte, ó humillada la cabeza rezan sus oraciones. De todo cuanto me rodea, nada hay como esas pocas notas de una apagada voz y de una guitarra mal templada que más vivamente me haga sentir el deseo de volver á ver á mi amada madre.

Las tiendas moriscas son dignas de estudio por su



Tendero árabe

rareza. Imagínese una especie de cuchitril levantado del suelo cosa de un metro, con una sola abertura hacia la

calle, en la cual se apoya el comprador como en una ventana, y se tendrá de ellas una idea exacta. El tendero se sitúa en el interior, sentado al estilo oriental con una parte del género amontonada al alcance de su mano, y otra por detrás de él colocada en pequeños estantes. Es realmente un espectáculo curioso el que ofrecen aquellos moros viejos, barbudos, inmóviles como autómatas, metidos en el fondo de aquellos oscuros tenduchos. Diríase que no son las mercancías sino ellos los que están expuestos á guisa de muestra, y á semejanza de lo que sucede con los *fenómenos vivos* que se exhiben en los barracones



Cambista judío

de las ferias. ¿Están vivos? ¿Son de madera? ¿Dónde se halla el mecanismo en cuya virtud aparecen y se esconden? Y de esta suerte inmóviles y silenciosos se están una hora y otra y aun el día entero, repasando las cuentas de un rosario y murmurando sus plegarias. Imposible imaginar el aspecto de soledad, de fatiga, de tristeza que aquellos interiores respiran. Diríase que cada uno de aquellos tabucos es una tumba, en la cual, el que debe ocuparla, separado ya del mundo, hase instalado á prevención para aguardar tranquilamente la llegada de la muerte.

He visto dos niños llevados en triunfo, después de la solemne ceremonia de la circuncisión. Uno de ellos tenía como seis años, el otro no llegaba á cinco. Iban montados en una mula blanca, y vestían túnicas rojas, verdes y amarillas, recamadas de oro, cubiertas de cintas y de flores, en medio de las cuales á duras penas podían distinguirse sus pálidas caritas, en las cuales veíanse aún pintadas las señales del espanto y del estupor. Delante de la mula engualdrapada y encintada como caballo en día de gala, marchaban tres músicos que sonaban furiosamente un tambor, un pífano y una corneta: á los lados y detrás veíase á los padres y amigos, uno de los cuales sostenía á los niños sobre la silla y otro les ofrecía confites, en tanto que algunos les acariciaban y los demás disparaban escopetadas al aire saltando y gritando. Si no hubiese cono-

cido el significado de aquella ceremonia, habría creído que los pobres niños eran dos víctimas inocentes conducidas al sacrificio, con todo y que el espectáculo no estaba desprovisto de cierta gracia y poesía. Sin embargo, habría encontrado más poético aún, si no me hubiesen dicho que la operación sagrada se había llevado á cabo con la navaja del rapabarbas y mondacráneos.

Esta noche he asistido á una extraña transformación de Racma, la criada negra del ministro. Su compañera ha venido á buscarme, me ha acompañado andando de puntillas hasta una puerta entornada, y abriéndola de repente, ha dicho:

—He ahí á Racma.

He quedado tan sorprendido ante el espectáculo que ofrecía á mis ojos aquella negra, que había visto siempre vestida con el traje de una mísera esclava, que apenas sabía dar crédito á la realidad. Dijérase que era una sultana escapada del palacio del emperador: la reina de Tumbuctu: una princesa del ignorado reino del África, transportada por arte de encantamiento al lugar en que se hallaba. La ví sólo brevísimos momentos y me será difícil describir con exactitud su traje. En él se veían el blanco de la nieve, el rojo de la púrpura, y un deslumbrante fulgor de galones de oro, amortiguado en parte por un velo transparente, que con el rostro negrísimo de la joven, ofrecían una tan desusada armonía de color y una riqueza tan bárbaramente magnífica, que no existen palabras que basten á encarecerla. Cuando me acercaba para observar los detalles, toda aquella pompa desapareció repentinamente bajo la lúgubre mortaja mahometana, y la reina quedó transformada en espectro, y el espectro desapareció, dejando lleno el aposento de aquel olor nauseabundo y salvajino propio de la raza negra, que acabó por disipar el último resto de ilusión.

Como llegara á mis oídos un gran rumor que procedía de la plazuela, heme asomado á la ventana y he visto pasar un negro, desnudo de medio cuerpo arriba, montado en un asno, á cuyos lados marchaban algunos árabes armados de sendas varas y seguidos de un enjambre de chiquillos que gritaban como endemoniados. De pronto imaginé que era cosa de broma y miré con los gemelos; mas en seguida me retiré horrorizado. El blanco calzón de aquel infeliz estaba manchado por la sangre que manaba de sus heridas. Los árabes con varas eran soldados que le apaleaban. Pregunté por qué se le castigaba de aquella suerte, y dijéronme que por haber robado una gallina.

—Puede darse por dichoso,—añadió un soldado de la Legación,—pues según parece no le será cortada la mano.

Hace siete días que estoy en Tánger y esta es la hora en que no he visto una mujer árabe. Figúraseme que me encuentro en una inmensa reunión de mujeres disfrazadas de hechiceras, cual se las imaginan los muchachos, y envueltas en una mortaja. Andan á grandes pasos; pero lentamente y un poco encorvadas, cubriéndose el rostro con el extremo de una especie de manto de lienzo, debajo del cual no llevan más que una camisa de mangas muy anchas y largas, ceñida al talle por medio de un cordón, como el hábito de un monje. Nada más se ve de su cuerpo que los ojos, la mano que sujeta aquella especie de antifaz, teñida de rojo, especialmente en la extremidad de los dedos, y los pies desnudos, teñidos del propio modo, y metidos en anchas babuchas de color amarillo. mayor parte sólo

dejan ver un ojo y la mitad de la frente: aquél, por punto general oscuro, y la segunda pálida como la cera. Si encuentran á un europeo en una calle apartada, algunas se cubren todo el rostro con un movimiento brusco y desgarbado y pasan arrimándose cuanto pueden á la pared: otras aventuran una mirada entre desconfiada y curiosa;



Mujer árabe

no faltando alguna que, más atrevida, lanza una ojeada provocativa y baja la cara sonriendo. Sin embargo, la inmensa mayoría ofrece un aspecto triste, cansado, envilecido. Las jovenzuelas son graciosas, y como no están obligadas á cubrirse, pueden apreciarse sus ojos negros, sus redondas mejillas, su tez pálida, sus bocas bien contorneadas, sus manos pequeñas y sus breves pies. Pero á los veinte años están ya ajadas; á los treinta son viejas, y á los cincuenta una verdadera ruina.

Traducido del italiano por

C. V. DE V.

(Continuará).

Mujer

(CONTINUACIÓN)

V



Aunque arrancado de las sábanas á horas en que los trasnochadores apetecen y gozan el reposo, el recibimiento del Gobernador no se resintió del mal temple que causa en el espíritu impresión tan poco grata. Desempeñaba por entonces el importante cargo un título, antiguo diplomático, algo literato y muy observador, hombre de exquisita cultura, el más á propósito para acoger bien á una dama en casos tales como el de Ana la Cueva.

Absorta en su preocupación y en sus terrores, la señora notó, sin embargo, que la sala donde la mandaron esperar revelaba hábitos delicados, gustos artísticos. Vió, sin querer verlos, los tapices descoloridos, las colgaduras rozagantes, los cuadros pocos en número pero elegidos con inteligencia, de asunto simpático y célebres firmas; en una esquina el piano abrigado por su charro mantón de manileña estirpe, y como para contrastar con la nota



UNA BARBERIA EN TÚNEZ

CUADRO DEL PROFESOR C. HABERLIN

afeminada del piano y las cortinas de seda, divisó por las paredes trofeos de ricas armas, las azagayas caprichosas de los piratas joloanos y las emponzoñadas flechas de los pieles rojas, junto á los artísticos sables japoneses y las herrumbrosas espadas góticas, comidas de orín secular. *Le hubiese sobrado tiempo á Ana para registrar el gracioso saloncito*, pues el Gobernador tardó en salir media hora bien larga. Y la señora no pudo quejarse del plantón, al ver que el marqués se presentaba atildado y limpio, resplandeciente de pechera y ceñido de bota, sin conceder más á la hora intempestiva que el batín de fina franela y la ligera chalina anudada alrededor del terso y alto cuello de la camisa.

Ana había mandado pasar su tarjeta, y la reverente inclinación del Gobernador la probó que no tenía que habérselas con un fatuo, ni menos con un burócrata entontecido, sino con una persona de su misma esfera, con quien podía hablar sin miedo.

Desde el primer momento el funcionario adivinaba ó presentía para qué clase de asuntos podía venir á despertarle una señora de tan honesto porte. Así es que Ana habló á su talante, y el Gobernador la oyó en silencio. Terminada la relación, él se aproximó algún tanto á la dama, de la cual se había mantenido á distancia muy cortés.

—Señora, dijo en tono casi confidencial, yo creo que no necesito asegurar á usted que procuraré complacerla: además, tengo el deber de impedir que se lleven á cabo los desafíos: la ley los prohíbe y hasta los castiga severamente. ¡Pero... siempre hay un pero!

—Sí, ya comprendo lo que usted quiere indicar... Que una cosa está usted obligado á hacer en concepto de Gobernador, y otra piensa usted como caballero ¡Si á mí me sucede algo de lo mismo! Yo quiero que no haya lance, que usted lo estorbe: yo no puedo, no puedo transigir con que á Alfonso le hieran ó le maten. Y sin embargo, póngame usted en el lugar de Alfonso, y siento y procedo como él.

El Gobernador, sin responder ni aprobar con la cabeza, sonreía enigmáticamente. Por fin, frunciendo apenas el entrecejo, se resolvió á descifrar sus palabras:

—No, señora... No es eso precisamente... Es otra cosa... mucho menos... La ruego á usted que no se disguste, ni lleve á mal... ¡Cuánto lo sentiría! En sustancia: el Gobernador tiene el derecho y hasta el deber de impedir los duelos *serios*... Pero representaría un papel asaz desairado si se lanzase, con gran aparato de policía y guardia civil, á deshacer lo que ya está deshecho de suyo y á impedir que crucen las espadas dos personas... que maldito si las querían cruzar, aunque el Gobernador no se lo impidiese.

Ana hizo un movimiento vivo, sublevándose é irguiéndose.

—En el caso presente, señor Gobernador...

—¡Por Dios, señora! No es mi ánimo ofender ni con el pensamiento al señor la Cueva... Usted no me ha enterado, ni es preciso, de las causas del lance... pero dice usted...

—Digo y repito que las causas son de tal índole... que un hombre de honor... Y aunque no fuesen graves las causas... no tratándose de ningún muñeco...

Volvió la misma sonrisa, discretamente maliciosa, á jugar en los labios del Gobernador, el cual se limitó á suspirar bajito:

—¡He visto tanto duelo!...

—¿Tanto duelo?

—Tanto conato de duelo, debí haber dicho.

—¿Pero qué, no se realizan nunca? ¿No hay casos en que suceden... cosas... desagradables? ¿Heridas... muerte?

El Gobernador posó en Ana una mirada sagaz, escrutadora, piadosa, comprensiva: una mirada que registró hasta los últimos senos el alma transparente de la mujer entusiasta, apasionada y exaltada en su amorosa fe.

—En las ocasiones en que ha de suceder eso que usted teme...—advirtió por último,—nuestra intervención sobra. Entonces los contrincantes están resueltos á batirse por encima de todo, y de no hacerlo en Madrid lo hacen en Segovia, y de no poder hacerlo en Segovia pasan la frontera y lo hacen en Francia... El odio es como el amor; desacata toda ley; las leyes escritas no van con él, señora. Por eso manifesté á usted que si el lance entre su marido y Ramiro Dávalos es serio, no está en mi mano evitarlo, y si no es serio, se evitará él solo... Y como lo segundo es lo que más á menudo pasa...

—No lo niego; pero yo no considero á Alfonso de... esa pasta que por lo visto abunda tanto, exclamó Ana con indicios evidentes de dolor y despecho.

—Lo creo, lo creo, estoy persuadido de que tiene usted razón, asintió el Gobernador con urbanidad, que pudiéramos calificar de exagerada, á no parecer tan oportuna y tan impuesta por la necesidad. Pero salvando y dejando aparte al señor la Cueva, á quien ni siquiera aludo, permítame usted que la pida un poco de indulgencia para los que no poseen esa tenacidad y esa resolución enérgica de su marido de usted. Creo que usted, en su fuero interno, califica con excesiva severidad á los duelistas frustrados, que son el noventa y nueve y medio por ciento de los duelistas!

—¿Según eso, he de pensar que la humanidad se compone de cobardes?

—¡Por Dios, señora! ¡Compasión, una miaja de compasión para la pobre humanidad! El valor es multiforme. Hay clases de valor que todo el mundo... ó casi todo el mundo... posee; hay otras que es difficilísimo cultivar y afirmar en las horas críticas. En riña casi nadie se amilana: la sangre hierve, los nervios se alborotan y está uno hecho un Cid. Pero usted no se imagina lo que es eso de dejar transcurrir horas; de aguardar en casa la llegada de los padrinos; de ir poco á poco perdiendo vapor, nervios y ánimo; de esperar á que otros decidan á qué distancia se situará usted del cañón de un arma de fuego; de saber que el adversario hace blancos y agujerea cartitas de baraja á tantos pasos como usted va á ponerse; de que así pasen días, días en que se reflexiona sobre el precio de la vida y lo desagradable que sería un viaje á la sacramento...

Pálida y con los labios contraídos, Ana se agitó en el sofá sin notarlos. Recordaba haber oído que el hombre que la hablaba así había dado en alguna ocasión señales de bizarra entereza. Y sin meditar, exclamó:

—No parece sino que usted ha ajustado su vida á esos principios.

—Señora... pronunció él más rendidamente que nunca, agradezco la lisonja que envuelve ese argumento de carácter personal... y no debo ocultar á usted que no me exceptúo del número de los que no encuentran mal dicha la gracia á la perspectiva de la pistola enfrente.

Ana vibró al Gobernador una mirada de fuego: sus facciones adquirieron la apasionada tensión que se advierte en las máscaras trágicas antiguas: inclinóse y con voz honda preguntó:

—¿Qué, no se batiría usted teniendo que batirse?

No fué necesaria contestación verbal. La cara, los ojos, la actitud serena del varón contestaron plenamente a la pregunta de la hembra. Fué uno de esos instantes en que el carácter sexual se afirma con más pujanza aún que en las manifestaciones eróticas. El sexo débil recordaba al fuerte su papel, y el fuerte respondía que estaba dispuesto á desempeñarlo, á justificar su tradicional dominio.

Y Ana, entonces, se puso en pie.

—Ya comprenderá usted, dijo ciñendo al talle las puntas del velo é indicando un ligero saludo de despedida, que estimo á mi marido tanto, tanto... por lo menos... como á otro caballero digno de estimación. Y esto es lo que... precisamente... me... me preocupa... porque... temo... temo que...

—Serénese usted, señora, dígnese tomar asiento hasta que se calme... suplicó el Gobernador, conociendo que por fin la valerosa mujer desfallecía y se entregaba indefensa á la emoción profunda.

Ana se dejó caer otra vez en el sofá y cubrió un minuto los ojos con el pañuelo, sollozando, mientras el Gobernador, en vez de importunarla con ofrecimientos de sales, éter, tila, consumado y demás reparos que se ofrecen al desfallecimiento femenino, se apartaba prudentemente, dejando pasar el acceso de natural sensibilidad, tanto tiempo reprimido. Conocía el *crescendo* de los afectos en semejante género de entrevistas, y nunca forzaba el tiempo ni excitaba la neurosis de las que allá para sí llamaba *sus penitentes* con importunas exhortaciones y consuelos de brocha gorda. «No me pesa, calculaba al oír el anhelo de la reprimida congoja de Ana, no me pesa de lo que dije á esta infeliz señora tan joven y tan linda. La he preparado para el desencanto: así quizás la duela menos. ¡Una mujer honrada, y sobre honrada prendada de su marido, y sobre prendada llena de ilusiones romancescas! ¡Qué drama interior! Al lado de éste, vale un camino el que ha de desarrollarse sobre el terreno... si es que se desarrolla... que eso está por ver. Lo peor es que no habré conseguido quitarla de la cabecita la funesta idea de que se ha casado con el mismo Cid Campeador ó Bernardo del Carpio.»

Dominando ya su enternecimiento, levantábase Ana y volvía á despedirse.

—Me voy descorazonada... indicó al Gobernador, que se inclinaba con el más halagüeño respeto. Usted nada hará para impedir que se realice el desafío.

—Señora, afirmo á usted del modo más terminante y más explícito que haré todo, todo lo humanamente posible, se entiende. Ahora mismo voy á tomar mis medidas, y si usted vuelve á llorar, al menos no será por mala voluntad ó por negligencia mía. Ruego á usted que acepte mi promesa formal, y la considere insignificante muestra de lo que agradezco haber tenido la honra de saludarla... siquiera lamente el motivo.

Cuando Ana volvió á entrar en su hotel, oídas fervorosamente dos misas, eran las diez y media de la mañana; más bien las once.

—¿Hay alguien con el señorito? preguntó con afán al portero.

—Sí, señora... El señor brigadier Antequera... el señorito Cármes... y otros dos más que han pasado tarjeta, desconocidos; nunca los ví.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará).

Nueva Orleans

FOR

JULIÁN RALPH

(CONTINUACIÓN)

OTRA de las costumbres que más llaman la atención de los forasteros es la de pegar los anuncios mortuorios en los postes del telégrafo. Antes de ir á Nueva Orleans ya había oído á muchos ensalzar este sistema como más adecuado que el de la publicación del aviso en la prensa para hacerlo llegar al conocimiento de todos. Voy á copiar un par de ellos sin otra modificación que el cambio de los apellidos. Dicen así:

JUANA

Hija de Jaime Coudert y Adela Palm

Se invita á los amigos y conocidos de las familias Coudert, Palm, Rochefort y Bellecamp á asistir á sus funerales, que se celebrarán el sábado próximo á las cuatro de la tarde.

La comitiva saldrá de la casa de los padres, situada en la calle Plaisant, número 2,091, entre San Jaime y Corona.

Este anuncio estaba redactado en francés. El que sigue lo estaba en lengua inglesa.

BIRMINGHAM

FALLECIMIENTO

El miércoles 2 de Marzo de 1892, á las seis y media de la tarde, dejó de existir R. L. BIRMINGHAM á la edad de cuarenta y cinco años.

Los amigos y conocidos de las familias Birmingham, Smith, Robinson y Decatur son invitados á asistir al funeral, que se celebrará el jueves á las cuatro y media de la tarde en el templo de la Trinidad.

No faltan tipos excéntricos que se complacen en coleccionar esta clase de anuncios. En achaque de colecciones todo se excusa. También hay en esta materia otra costumbre notable, y es la de publicar en el *Picayune* y en el *Times Democrat* una apología del difunto, aprovechando la ocasión de anunciar al público su fallecimiento. Esta clase de anuncios trae á la memoria los que suelen publicarse en verso en los diarios de Baltimore y de Filadelfia.

Ya que de tan triste asunto hablamos no será inoportuno decir que el cementerio de Nueva Orleans es muy digno de ser visitado. Y cuenta que no somos de los que se empeñan en llevar visitantes á esos fúnebres recintos incluyéndolos en el catálogo de los espectáculos notables. Los recomendamos por excepción, porque en nada se parecen á la generalidad de los camposantos. Sus paseos están tan bien cuidados como en nuestra región septentrional, pero con un aseo que raya en pulcritud. Puede decirse de ellos que son realmente ciudades de los muertos, pues las tumbas son verdaderas casas en las cuales hay varios compartimentos para la colocación de los cadáveres, estando dispuestas las tumbas como los cajones de una cómoda. Nada los describe mejor que la expresión vulgar que los denomina *hornos sepulcrales*. En pocos cementerios se ha desplegado tanto lujo, pues todos esos sepulcros son de mármol ó de granito, ó cuando menos de ladrillo imitando la piedra. Algunos son abovedados

semejando templetes griegos, y en todas partes se ven adornados de cruces, coronas, estatuas y otras esculturas. Los mausoleos desparramados por aquel fúnebre recinto producen un efecto más agradable que lúgubre, gracias á los muchos naranjos, cedros, encinas y magnolias.



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Leyendo un anuncio mortuario

Esta manera de sepultar los cadáveres se ha adoptado á causa de la extremada humedad del suelo. También he visto sepultarlos en un terreno arenoso en un pequeño cementerio de la ciudad en el cual había un gran número de sauces llorones que daban un aspecto familiar á la escena. Estaba situado junto á la capilla de San Roque, el templo más extraño que he visto allí, en el Canadá y en la California. Es un pequeño edificio de ladrillo cuya fachada oculta por completo un inmenso manto de hiedra. En el interior hay varios bancos, pero ningún reclinatorio, y debajo del altar vese una estatua yacente de tamaño natu-



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

La antigua iglesia de San Roque

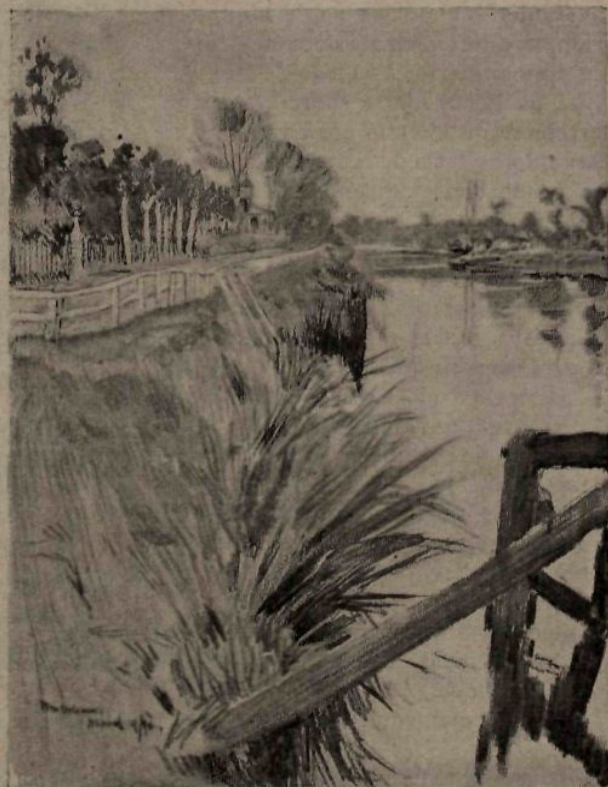
ral figurando al Salvador desnudo después del descenso de la cruz. Lo más importante del local es una colección de losanges de mármol, á modo de grandes tarjetas de visita, en los cuales había generalmente esculpida la palabra *Gracias* y una fecha, colocados encima del altar. En el mismo, y colgando de cintas de colores, había un gran número de manecitas, antebrazos y piecitos, y además unas manos de tamaño natural dentro de una urna de cristal. Eran exvotos ó dones dedicados á Dios por la curación de varias enfermedades. En el altar se ve arder constantemente una infinidad de cirios ante los cuales hay postrada á todas horas una multitud de devotos.

Las catorce estaciones que se ven en todas las iglesias católicas están aquí en la parte exterior en unas capillitas de madera á las cuales trepan y forman graciosos doseles unas enredaderas cuajadas de florecillas. Las devotas oran postradas de hinojos ante estas capillitas. En suma, no he visto en Nueva Orleáns nada más pintoresco que esa capilla.

No tengo espacio para describir el mercado francés, la catedral, el barrio de los franceses ni otros lugares que por otra parte han sido ya descritos hasta la saciedad por nuestros padres y abuelos. Con lo que ellos han dicho basta y sobra para llevar batallones de turistas á esa ciudad tan elegante y atractiva y á la cual dan dichos edificios un aire extranjero y característico.

He notado en mis viajes un fenómeno extraño, y es que pocas veces se enseña á los extranjeros lo más típico y artístico de las poblaciones con tanto orgullo como sus barrios modernos. Esto pasa en Nueva Orleáns como en Montreal y en otros muchos lugares.

La avenida de San Carlos y el *Garden District* son como el célebre *Hill*, de Brooklyn, de un carácter semirrural, pues en ellos abundan los jardines plantados de bananos, naranjos, magnolias y rosales, rodeando las casas construidas con mucho gusto y con todas las comodidades apetecibles en aquel clima. Los árboles alcanzan allí una corpulencia y frondosidad muy nota-



From Harper's Magazine.

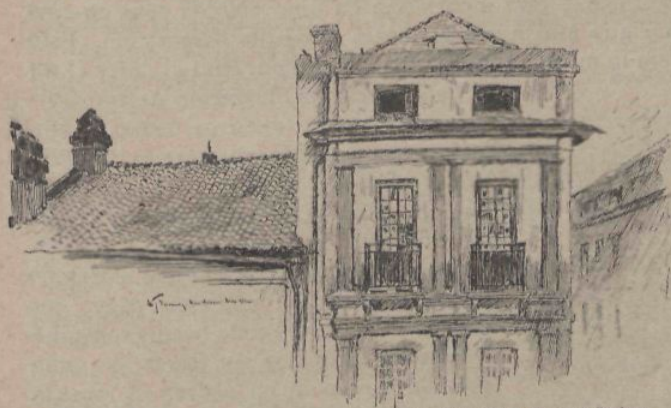
Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

El camino de las Conchas

bles, y sobre todo agradables en extremo cuando los rigores de la estación hacen tan amable la sombra. No puede darse nada más hermoso que la perspectiva de aquellos largos paseos en los cuales ostentan su lujo arquitectónico

una infinidad de casas de todas épocas desde el tiempo de la buena reina Ana hasta el presente siglo.

En Chicago habría hombre que se escandalizaría si le contasen hasta dónde llega el atraso de Nueva Orleans en punto á las novísimas invenciones, que no parecen hechas sino con la mira de convertir la vida moderna en una función mecánica y automática. Nosotros tenemos



From Harper's Magazine.

Copyright, 1893, by Harper & Brothers.

Un fragmento de arquitectura antigua en el barrio francés

afición á esa ciudad precisamente por esas circunstancias que ciertas gentes critican como defectos.

Es sabido que la mejor bestia es la mula, y allí tienen las mejores del mundo. Verdad es que, en cambio, sus caballos son los peores de la tierra. Sus carricoches, que van y vienen sin cesar por los alrededores de las calles del Canal y de San Carlos, son unos vehículos pequeños y sucios que crujen y traquetean sin cesar mientras se hallan en movimiento.

(Del Harper's new Monthly Magazine)

Traducido por
J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

Un kabila

La guerra que España sostiene en Melilla presta vivo interés á todo cuanto se refiere al pueblo marroquí, y muy especialmente á todo lo que tiene relación con las kabilas que rodean la mencionada plaza fuerte. Las kabilas son gente por natural selvática, berberiscos, que tienen á la guerra por la más agradable ocupación de la vida. De ahí que vivan en guerra siempre con las naciones civilizadas que poseen colonias en terrenos próximos á sus adueros, y bien puede decirse que en guerra también con sus mismos compatriotas y con el Sultán de Marruecos. Es sabido que este soberano se ve con frecuencia en apuros para hacerse obedecer de las kabilas del Riff y que en repetidas ocasiones ha tenido que enviar allá numeroso contingente de moros de rey para castigar á aquellas gentes levantiscas. Este es el caso también en la ocasión presente. El kabila dice ya por su aspecto que es hombre rudo y salvaje. En medio de la civilización no abandona sus hábitos y en los bulevares de la ciudad de París, se les veía durante la época de la Exposición de 1878, sentados, desnudos los pies y con las babuchas en el suelo. Su traje es primitivo, y el ancho sombrero de palma con que cubren su cabeza imprime á sus atezados rostros aspecto más terrible. Levantan las kabilas sus aldeas en la cima de las montañas. Las casas, de piedra ó de barro y cubiertas con rojas tejas, forman calles angostas y empinadas. Las viviendas se construyen en el interior de un patio, el cual no tiene más que una puerta abriendo á la calle. Siguiendo la costumbre árabe, apenas se ven ventanas en la casa para que nadie pueda atisbar desde fuera lo que pasa en el interior. Todo el ajuar lo constituyen ollas y cántaros, de barro vidriado algunas, y de bonitas formas, bancos de piedra, esterillas, una muela de mano de carácter muy primitivo y vasijas para el aceite, que parecen más urnas que tinajas y que se hallan adornadas de arabescos. La magnitud y número de estas vasijas revela la posición de cada familia. No tienen hogar las casas de los kabilas, porque la comida se guisa en el patio. Aparte del establo, tienen estas habitaciones dos depar-

tamentos, el de la planta baja, donde duermen los hombres, y el del piso superior destinado para las mujeres y niños. La rusticidad y la sobriedad reinan en todo cuanto constituye la vida del kabila y de su familia.

Una barbería en Túnez

CUADRO DEL PROFESOR C. HABERLÍN

El hombre de Oriente, hasta el que pertenece á la clase más humilde, tiene con frecuencia aires de gran señor. Parecen algunos sucesores de reyes y de príncipes, que por azares de la fortuna hubiesen descendido al punto de tener que llenar los modestos menesteres del pueblo. Sentado el árabe cabe la puerta de su tienda, fumando la pipa, meciéndose en la voluptuosidad de la indolencia oriental, mira con desdén al europeo, nada le aparta de aquella especie de ensueño en que se halla metido, y sólo la codicia, que es poderosa en las razas orientales, consigue sacarlo de su silencio y de su ensimismamiento. Movido por la sed del dinero insta al europeo en las ciudades del Cairo, de Damasco, de Bagdad y otras para que le compie las baratijas que tiene á la venta ó los perfumes y pomadas que fabrican con gran habilidad aquellos pueblos y á las que son muy aficionados. El barbero de nuestro grabado pertenece sin duda á los árabes á quienes aludimos. Tiene una barbería lujosamente decorada con labores arabescas de elegante estilo y fuera de ella dos anchos sillones, también al modo del Oriente, para acomodar en ellos á los parroquianos y rasurarles las quijadas ó cortarles el cabello. Al aire libre ejercen su industria como antaño la ejercían también en nuestra misma patria muchos descendientes de Fígaro, quienes afeitaban á sus parroquianos cara al sol, ó de espaldas, según gustasen, recibiendo las caricias de la tenue brisa ó soplándoles el viento por el cogote si el día no se señalaba por lo apacible. El barbero árabe, en nuestra lámina, terminada su tarea, coge de nuevo la larga pipa y le echa algunas chupadas, mientras el parroquiano, ya limpio y aseado, se queda departiendo con él por algún rato. Cómodamente se ha instalado en el ancho sillón, soltando las babuchas y dejando los pies al aire libre, lo cual es uno de los predilectos placeres de los árabes del Oriente. El cuadro que publicamos tiene grandiosidad, á pesar de lo trivial del asunto, y además la riqueza característica de las cosas árabigas.

Un alcalde de aldea en el día de la función

Tipo popular de España es el personaje sacado con fidelidad en este dibujo. A alguna de las provincias aragonesas parece pertenecer, á juzgar por el traje y hasta por el aire, que tiene mucho del que es peculiar á los baturros. Satisfecho se muestra, conforme lo indica su regocijada cara, porque con motivo de la función podrá hacer oficios de autoridad, sin daño de barras, ó sea sin que deba de intervenir en reyertas y en alborotos, aun cuando por temor de que esto suceda anda armado del garrote, que le sirve más para sus propósitos que fusil ó carabina. «Aquí estoy yo, dice con su postura, y á ver quién se atreve con el alcalde, con la autoridad que representa al gobierno y al rey.» Este tipo, como todos los populares españoles, descubre también la bondad y la malicia juntas peculiares de las gentes del terruño en nuestros antiguos reinos.



El célebre astrónomo Arago negaba que la luna ejerciera influencia de ninguna especie en nuestro globo y atmósfera. A pesar de la autoridad de Arago, muchos ha habido después de él, como antes de él existían también, que han afirmado con entera convicción que nuestro satélite tiene poderoso influjo, tanto en los fenómenos atmosféricos y cambios de temperatura, como en la vegetación y desarrollo de la vida, con sus muchas alternativas de los demás seres vivientes en la superficie terrestre.

Aducía en apoyo de su aserción el astrónomo francés, que la luz reflejada por la luna no impresionaba de ningún modo las sustancias químicas más sensibles expuestas á sus rayos, y que respecto del calor tampoco se notaba efecto alguno en nuestro planeta. La experiencia ha venido después á desmentir las aserciones de Arago. En cuanto á la luz y su insuficiencia no hay para qué repetirlo, después que se sabe desde muchos años que se sacan vistas fotográficas del disco lunar como de cualquier objeto terrestre.

En cuanto al calor irradiado por nuestro satélite, muchos han intentado medir su intensidad, sin ocurrírseles la menor duda de si tal calor existía ó no, y de que á nosotros pudiera llegar. De esto no sabemos que haya dudado sino M. Arago. La dificultad estaba en disponer de un medio, suficientemente delicado y sensible, para poder apreciar los grados de intensidad selenio-calorífica. Monsieur Boys ha realizado experimentos de resultados admirables, empleando un *microrradiómetro* de sensibilidad verdaderamente prodigiosa. Júzguese de ella por lo si-

centro del disco en la época de la luna llena, sin contar diferencias entre el borde que lleva catorce días mirando al sol y el que acaba de ser iluminado.

Los censores Camilo y Postumius ordenaron que los ciudadanos que hubiesen envejecido en el celibato fuesen castigados con una multa que ingresaría en el tesoro público, y que incurrirían en una segunda pena en caso de que murmuraran contra tan justa disposición. Esto era lo mismo que decirles: «La naturaleza al daros el ser

os ha impuesto la obligación de transmitir la á otros seres; vuestros padres al pro-digaros los cuidados durante la infancia os han impuesto también una obligación que el honor os debía hacer cumplir, la de procuraros y educar vuestra descendencia. La fortuna os ha dejado el tiempo necesario para que pudieseis pagar esta deuda, y á pesar de todo habéis consumido vuestra existencia sin llevar los nombres de esposo ni de padre. Id, pues, y vaciad vuestra bolsa de avaro en provecho de la gran familia.»

Llevaba una labradora un hijo suyo á las ancas de un borrico, y como la madre le riñese diciéndole muchas veces: «hazte atrás, que le maltratas,» el muchacho tanto atrás se hizo, que vino á dar en el suelo. Preguntóle la madre:—Muchacho, ¿cómo te caíste?—Y el muchacho, por disculparse, respondió:—Acabóseme el asno.

Llegó un amigo á un anciano viejo, diciéndole:—Yo quiero deciros un gran secreto; pero habéis de prometerme no decírselo á otro.—Y respondió:—¿Cómo quieres tú que yo no lo diga, si no te puedes aún tú contener en decírmelo á mí?

No había uno visto eclipses de sol en su vida, y oyendo decir que lo había al día siguiente, respondió muy alborozado:—Pues á fe mía que me he de levantar á verle una hora antes de amanecer.

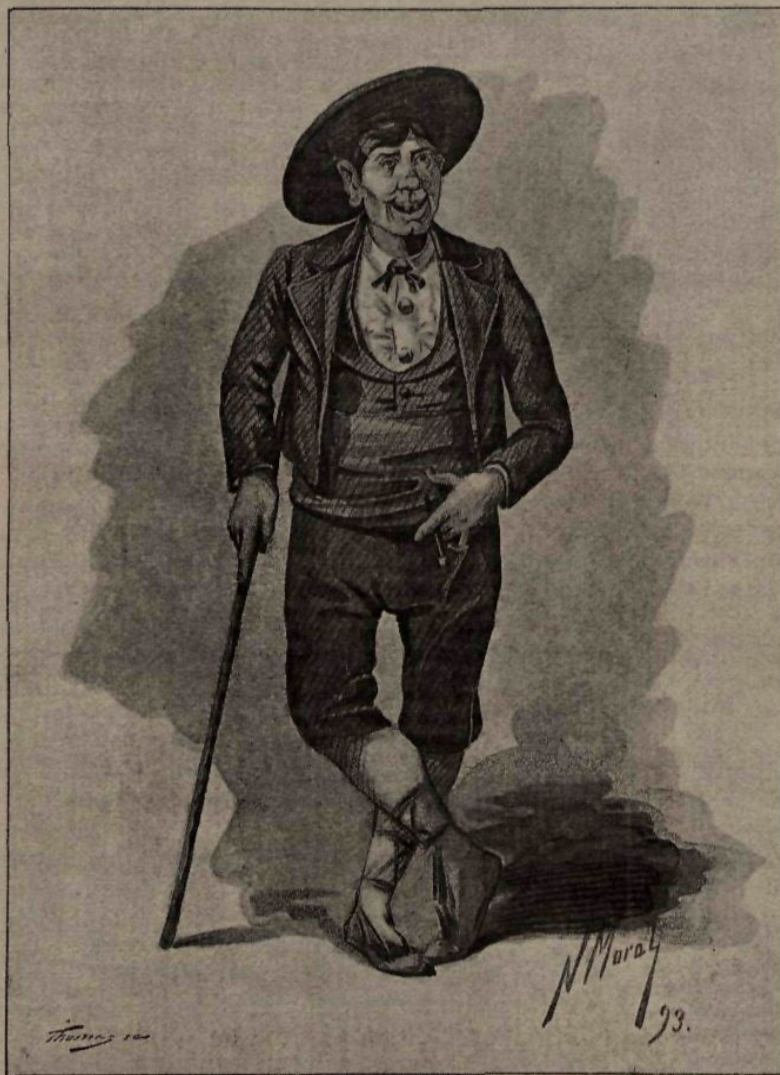
Alfonso, rey de Aragón, estando cenando, como un viejo inoportuno no cesase de hablar y toser, exclamó diciendo:—Aun los asnos son de mejor condición

que los reyes, porque á aquellos déjanlos comer quieta-mente y estotros ni aun en la mesa pueden estar sin inquietud.

Llevaba una mujer muy fea un vestido de color verde, y al verla un discreto, dijo:—El vestido inclina á la esperanza, pero su cara á la desesperación.

Lloraba una mujer con grandes ansias á su marido difunto, y un discreto le dijo á otro:—El pretexto del llanto es el marido que se ha ido, y el objeto es el marido que no viene.

Reñía un padre á su hijo porque no se levantaba de



UN ALCALDE DE ALDEA EN EL DÍA DE LA FUNCIÓN

DIBUJO DE N. MORAL

guiente: colocado frente á la llama de una bujía que se halle á 2,800 metros de distancia del microrradiómetro, el calor de la llama, cuya luz apenas es visible á esa distancia, se hace apreciable en dicho instrumento.

Los resultados más importantes respecto del calor lunar, comprobados, según se dice, por M. Boys, son los siguientes: en luna nueva el calor aumenta desde el borde cóncavo hasta el borde convexo; es decir, menos intenso hacia la parte oscura del disco. De la parte que está en sombra, el instrumento no indica señales de temperatura. Al hallarse el astro en cuadratura, el máximo de irradiación calorífica se aleja del borde más iluminado y parte de región media del segmento bañado de luz solar que se ve desde la tierra. Dicho máximo calorífico se halla en el

mañana, y dábale por ejemplo que uno se había levantado de mañana y había hallado una bolsa con muchos dineros. Respondió el hijo:—Más madrugó el que la perdió.

Don Juan II, rey de Portugal, hallándose en la caza pidió de beber, y el caballero que le servía se dejó caer la taza de la mano; por lo que los demás caballeros circunstantes se pusieron á reír, y el rey los hizo cesar, diciendo:—Aunque á éste se le cayó la taza, nunca le ví caer la lanza de la mano, como se habrá caído á alguno de vosotros.

Para blanquear una estampa basta meterla en una disolución de cloro, dejándola en maceración más ó menos tiempo conforme á la suciedad del papel.

Cuando se hace la operación en un libro encuadernado, para que todas las hojas queden mojadas en la disolución, es preciso abrirlo bien y hacer de manera que sólo el papel esté sumergido en el líquido, separando después las hojas unas de otras para que se humedezcan igualmente por ambos lados; concluyendo la operación en lavarlo en agua muy limpia y hacerlo secar.

Con este procedimiento se quitan también muchas manchas de tinta.

Se puede evitar muy fácilmente que el sudor de las manos manche ó altere algunas obras en las que se tiene que trabajar. Para ello basta restregar ambas manos con un poco de licopodio ó azufre vegetal, y se evitará este molesto inconveniente.

Un hombre que practique el bien no tendrá á sus ojos menos mérito si sus buenos sentimientos son en él naturales:—FRANKLIN.

Enseñadme el tocador de una mujer y os diré quién es.—***

Los procesos peores que se encuentran en el transcurso de la vida son los que hemos instruído contra nosotros mismos.—***

El orgullo es un vicio insociable, aunque se le considere en relación con los demás vicios.—BACON.

Cuando sale el sol dejan de brillar los demás astros.—SASKYA-PANDITA.

La contemplación del vicio es vicio.—MEIDANI.



UNA Y UNA... TRES

Podrían atribuirse á una especie de memoria orgánica ciertos fenómenos que sólo dimanen de la sensibilidad exquisita de los nervios, á la que da una costumbre de muchos años ciertos atributos que parecen reflexivos.

Vaya un ejemplo:

Tomando una bolita entre los pulpejos de los dedos

medio y anular, colocados en forma de X y apoyándolos en la susodicha esferilla, resulta que materialmente parece haberse convertido la bola en dos exactamente iguales, y cuanto más se hacen deslizar las yemas de los dedos por encima, crece la ilusión; esto es debido á la facultad que he indicado: cada pulpejo tiene la sensibilidad por el movimiento normal de los dedos: así es que no invirtiendo el orden de colocación sólo se encuentra el relieve de una bola; pero como se altera la colocación acostumbrada, resulta que cada pulpejo toca á su vez un punto de la esfera, de un modo á que no están las táctilas acostumbradas, y así es que encuentran dos bolas donde sólo hay una, y si se ponen dos, encuentran tres. La experiencia á que me refiero es tan fácil como curiosa.

JULIÁN.

Soluciones al número anterior:

A las charadas enlazadas:

BAR-QUE-RO
AL-BER-CA

Al logogrifo numérico:

NICOLÁS

Al tercio de sílabas:

CRIS TÓ BAL
TO LE DO
BAL DO SAS

CHARADA

El *todo*, antiguo mortal
en la medicina ducho
una tres, no dijo mucho
siendo lo más natural.
Tercia es sílaba fatal
que al más animoso espanta,
y con *dos una*, levanta
un muerto tal polvareda
que las familias enreda
y á los deudos solivianta.

ROQUE.

JEROGLÍFICO



EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

VERSIÓN CASTELLANA

♦ por Cayetano Vidal de Valenciano ♦

Obra profusamente ilustrada con láminas sueltas, en cromo y en negro, y numerosos grabados intercalados en el texto, apuntes del natural, que son reproducción fidelísima de monumentos, ciudades, armas, tipos y costumbres de lo más notable del imperio de Marruecos. Esta obra vale 12,25 pesetas en rústica y 16,75 ricamente encuadrada.

VIGOR DEL CABELLO

del Dr. AYER.

Es el mejor cosmético

Hace crecer el cabello
DESTRUYE LA CASPA

Y con su uso el cabello gris

vuelve á tomar su color primitivo.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer —exquisito cosmético para el cabello— está compuesto de los ingredientes más escogidos. Impide que el cabello se ponga claro, gris, marchito ó raso, conservando su riqueza, exuberancia y color hasta un período avanzado de la vida. Cura los humores y la comezón, y conserva el cráneo fresco, húmedo y sano.

EL VIGOR del CABELLO

del Dr. AYER

Cuanto más se usa, más rápidos son sus efectos.

Preparado por el Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A. Lo venden las Farmacias y Perfumerías.

☞ **Póngase en guardia** contra imitaciones espúreas. El nombre de —“Ayer”— figura en la envoltura, y está vaciado en el cristal de cada una de nuestras botellas.

¡MADRES! NO OLVIDARLO

LA "PANACEA ROSADA" DEL DOCTOR AGUILAR

es la Medicina Prodigiosa para los niños y sin comparación superior á todas las DENTICINAS conocidas, porque no sólo facilita la Dentición y el Babel, sino que mata las Lombrices, cura las indigestiones y desarreglos de vientre, quita la fiebre y preserva de accidentes convulsivos y las congestiones y derrames cerebrales. Con el empleo de la Panacea Rosada del Dr. Aguilar, lograréis, cuando estén buenos, conservar la salud de vuestros tiernos hijos y cuando estén enfermos su curación, aunque tengáis perdida la esperanza, porque la Panacea Rosada del Dr. Aguilar, administrada á tiempo, destruye de un modo rápido y seguro los gérmenes de enfermedades, y tanto es así, que, sólo algunas tomas de nuestra Panacea Rosada del Dr. Aguilar, han bastado, muchísimas, pero muchísimas veces, para hacer desaparecer, como por encanto, síntomas de graves males, devolviendo la salud al enfermito y la tranquilidad y alegría á sus atribulados padres. Léase detenidamente el folleto explicativo que acompaña á cada caja.

Precio 2 pesetas

Barcelona: De venta al detall farmacia del Dr. Boatella, sucesor de Aguilar, Rambla del Centro, 37, y en las principales de toda España. Al por mayor: Dr. Andreu, de Barcelona.

VELUTINA REAL MARÍA CRISTINA

Y

LA MARAVILLA DEL SIGLO

Polvos de flor de arroz, extrafinos, adherentes, invisibles é inofensivos, preparados por B. RICHARD, París.

Véndese en las principales perfumerías.

Depositario: JAIME FORTEZA. — Barcelona

CRISTÓBAL COLÓN

SU VIDA—SUS VIAJES—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

José María Asensio

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles.

Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veraacruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.^{ta}, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.^{ta} — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.^{ta} — Málaga; don Luis Duarte.